

-Perfectamente. Desde que mi padre se jubiló, no paran en casa, se apuntan a todos los viajes que pueden. ¿Y tu familia?

-Bien. No sé si sabes que el único que queda en el pueblo de todos los hermanos soy yo. Los viejos se sienten tranquilos pensando que no voy a salir de aquí. -Observó el rebaño y dijo- Os voy a dejar, porque tengo que llevar las ovejas a los altos. ¿Hasta dónde vais a ir?

-No sé, hasta donde nos cansemos, pero siempre siguiendo el cañón. Estoy seguro que tu pueblo les gustará.

-Acercaos a ver las taínas del tío Sixto, por lo menos podréis contemplar alguna de las antiguas construcciones de pastores que quedan.

-Es una buena idea.

-Tened cuidado, eso sí, porque hace dos días vi dos cometas junto al sol del atardecer y eso significa cambio de tiempo. Las ovejas estaban ayer muy quietas y ya sabes que intuyen agua.

-Sin embargo, el día está claro -dijo Ernesto.

-Esas nubes que vienen del oeste no son muy de fiar. Id sobre aviso.

-Lo tendremos en cuenta. Hasta pronto, Miguel.

-Cuando vuelvas otra vez me llamas y tomamos algo en Quintana. Adiós a todos.

Miguel se fue alejando hacia el rebaño mientras los demás reemprendían la marcha por el cañón. Pedro no podía dejar de observar las evoluciones de los perros que lenta, pero eficazmente, enfilaban la ladera obligando a las ovejas a ascen-

der. Muchas veces, en sus viajes, tropezaban con rebaños, pero nunca había sospechado que los perros fueran tan útiles y necesarios.

Pastor y rebaño desaparecieron de su vista cuando doblaron el siguiente recodo del cañón. El río circulaba en amplios meandros, pero siempre forzado por la presencia de las rocas.

Al trasponer la siguiente curva apareció el primer pueblo: Castilviejo. Tenía un curioso asentamiento, ya que las casas se descolgaban desde la zona alta de una ladera hasta tocar el río, como desafiando cualquier lógica estructural. Todas ellas estaban construidas en piedra, como la iglesia, de grandes proporciones, que emitía un aspecto sólido y antiguo.

-Parece que las casas se fueran a despeñar de un momento a otro -dijo Pedro.

-Es un pueblo muy bello, lo que ocurre es que queda muy poca gente -opinó Ernesto-. No sé si llega a haber cuatro familias que lo habiten todo el año. Podemos dar un paseo por él, si queréis.

Atravesaron un pequeño puente sobre el río y subieron la cuesta que penetraba entre calles empinadas y desiguales: unas eran de tierra, otras se hallaban empedradas y el resto, las menos, habían sido hormigonadas. El pueblo se retorció buscando la forma cóncava del monte sobre el que se hallaba. Todo el conjunto resultaba deliciosamente encantador. Olía a humo de chimenea y, aunque emitía soledad, presentaba algunos signos de vida.

El recorrido por Castilviejo duró poco, ya que no consiguieron encontrar a nadie y todas las puertas, incluso la de la iglesia, se hallaban cerradas. Volvieron a bajar al río y prosiguieron